
LA MÚSICA COMO AFICIÓN

Fernando Palacios

PESIMISMO

He aquí un artículo pesimista, se lo advierto; mi única excusa es la de creerlo inevitable. Desde hace tiempo, el estado de abatimiento que produce el legado de la situación musical en nuestro país se nos presenta a muchos como un lugar común; por dondequiera que miremos encontramos un desconocimiento y desidia tales que acaba precipitándonos en la siguiente opinión: en términos generales, podemos proclamar que en España **no hay verdadera afición a la música**, y si la hay está tan escondida que no se percibe su fuerza. Puede que les parezca un poco exagerada la expresión. Confieso que a mí no me lo parece; por ello no me queda otra salida que dar razones, aunque éstas nos duelan.

Es evidente, y soy consciente de ello, que en cada una de nuestras comunidades existen diferentes fenómenos musicales, pequeños pulmones que se han revelado a lo largo de los años con una inusitada vitalidad, en algunos casos exagerada: las bandas de Levante, los coros del norte, las escuelas de música catalanas, los centros culturales de las grandes urbes, el buen estado de salud del flamenco... Pero, cuidado, no echemos las campanas al vuelo: estos fenómenos socio-musicales no son nada más que las pequeñas colinas del seco y cuarteado páramo musical en que vivimos, fachadas recién pintadas sobre muros ruinosos, grandes anuncios que impiden ver las chabolas musicales que habitamos. Llevamos mil años con los mismos coros, las mismas bandas... imperturbables en sus mismos lugares, y la transformación profunda de la afición a la música está invariablemente en el mismo punto; parece que aumenta, pero es un espejismo: sólo lo hace en torno a fenómenos populistas (alardes de tenores, óperas mastodónticas, espectáculos desafortunados). Nuestra condena es ver cómo se producen idénticas metamorfosis viciosas que nos dejan en el

QUODLIBET

punto de partida, el aspecto de la víctima se transforma para permanecer igual de enferma. El cosmos musical que ocupamos se parece demasiado a *El caballero inexistente* de Calvino: bajo la rutilante armadura y la locuaz verborrea sólo se esconde polvo.

También, cómo no, reconozco que en estos últimos años se han dado unos cuantos pasos, firmes algunos, atolondrados otros: tenemos más orquestas, si bien están llenas de extranjeros; más y mejores auditorios, aunque estén medio vacíos; más escuelas especializadas, algunas de las cuales son un lujo elitista para privilegiados; y, menos mal, una ley de educación donde aparece por fin la música, pero con poco profesorado especializado. A pesar de todos estos confiados pasos, finalizamos de bruces en un inevitable *cul de sac*: la fuente de todos los males, el auténtico motivo por el cual los proyectos no llegan a cuajar de verdad es que, en todos los niveles de nuestra sociedad, falta lo más importante: afición, y sin afición no hay vida musical. Manuel Valls, en su libro de divulgación *Aproximación a la música*, lo deja bien claro: “De faltar el público, tales actividades se dirigirían a la nada, al vacío, perderían su razón de ser. El público es –para la música– el frontón imprescindible en que rebotan las resonancias vivificadoras de su propia esencia”. Llevo muchos años comprobándolo, no veo un gusto real y natural hacia la música; sólo encuentro caras conocidas –unos cuantos miles frente a muchos millones– que, como los personajes de *Fabrenbeit 451*, se saben poseedoras de un inestimable regalo que guardan alerta bajo las siete llaves de su sensibilidad.

Antes de que se cree una situación equívoca, quiero dejar bien claro que este pesimismo del que les hablo (realismo, ya saben), compartido con otros muchos compañeros, colegas y amigos, no tiene por qué acarrear ni el más mínimo desánimo o desesperación, ni siquiera obedece a un cumplimiento riguroso de la primera de las sabias leyes de Murphy: “Si algo puede empeorar, empeorará”. En absoluto. En muchos de quienes creemos que la educación musical es el centro clínico donde se curan todos estos males, esta consternación se torna renovada fuerza que nos impulsa a intentar darle la vuelta a la funda del negro calamar para, en la medida de nuestras pocas fuerzas, alentar a quien se topa en nuestro camino a promover posibles fórmulas de expansión que causen acercamiento entre la música y el hombre. Pero estas esperanzas nunca perdidas no tienen nada que ver con el pesimismo que produce el estado real de la cuestión.

Así que, como la ocasión bien lo merece, afilaré mis tijeras para prepararles esta poco recatada aproximación al tema anunciado en forma de crónica fustigadora, aun a sabiendas de que algunos lo interpretarán como vulgar ensalada de disparates, y confieso que me mosquearía si esos “algunos” no reaccionaran así.

CUATRO EJEMPLOS, CUATRO

Para argumentar esta aparentemente drástica opinión que les expongo, voy a contarles cuatro ejemplos que, en el fondo, son aspiraciones idealistas con las que siempre hemos soñado los amantes de la música. Su simple pronunciamiento ya es una denuncia de la situación. Ahí van.

Todos los lunes por la tarde, y algún que otro sábado, Eva Harder, una vez que termina de impartir sus clases de música en un centro de secundaria, toma su flauta travesera y, en una hora y media de coche, se presenta en el ensayo de su "Orquesta de la Universidad de Münster". Esta orquesta, al igual que otras ocho que se afincan en dicha ciudad alemana de unos doscientos mil habitantes, es totalmente "amateur", es decir, sus componentes tocan llamados por una estricta afición, sin compensación económica ninguna. A Eva, a pesar de vivir en otra ciudad a más de cien kilómetros de distancia y pasar los lunes más tiempo en el coche que ensayando, le compensa ir al ensayo de su orquesta, pues gracias a ella tiene la oportunidad de disfrutar tocando la música que más le gusta en compañía de otros amigos. Además de las obras clásicas del repertorio, interpretan Sinfonías de Shostakovich, infrecuentes obras de la Escuela de Viena, música contemporánea, música para niños, etc... música magnífica que, de otra manera, nunca podría tocar y tendría que conformarse con escucharla en disco o, de vez en cuando, en algún concierto. ¿Qué les parece? Eso es afición, y lo demás cuentos chinos.

Este caso real que les cuento dista mucho de ser excepcional en un país como aquél donde la música forma parte natural y habitual en la vida de la población; allí la música no se considera algo extraño a la vida cotidiana, sino que se integra perfectamente. Aunque nos parezca mentira, las nueve orquestas "amateur" de Münster que he tomado como primer ejemplo están integradas por ciudadanos normales y corrientes que tocan con mayor o menor virtuosismo sus instrumentos, lo cual no les impide dedicarse a sus verdaderas profesiones (por cierto, una de dichas orquestas está formada sólo por médicos). Los programas habituales de conciertos que realizan no sólo intensifican la vida cultural de la ciudad, sino que, algo más importante, absorben el interés de sus componentes por hacer música orquestal, de ahí que sus programas combinen la originalidad y fantasía de sus expectativas, con el servicio social que se proponen. (Hablando de servicio a la sociedad, les diré que una de ellas, la "Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Münster", acaba de cumplir el vigésimo aniversario de sus programas musicales pedagógicos; durante este tiempo han interpretado más de cincuenta obras musicales diferentes para orquesta -de diversos estilos musicales ensamblados con todo tipo de comentarios, cuentos y ejemplos- dirigidas especialmente a niños y a familias enteras.)

Les voy a contar el segundo caso. Cuando Verena Maschat se trasladó a vivir de Austria a Madrid para continuar en nuestro país su carrera de profesora de pedagogía musical, trajo consigo su viola con la sana intención de tocar en cualquier orquesta de aficionados o en algún cuarteto, pues ella suponía que habría donde elegir en la capital... han pasado varios años y aún sigue suspirando por hacerlo. Ella me cuenta que en su ciudad natal, Munich, diariamente acuden cientos de aficionados -repito, aficionados- a la Biblioteca de Música para utilizar un surtido servicio de préstamo de partituras y consultar de paso un enorme tablón de anuncios con notas de este tipo: “falta un viola para formar cuarteto”, “necesitamos un fagot para completar un quinteto de viento”, “orquesta sinfónica de jóvenes necesita trompetistas”, “ven a tocar en nuestro grupo de percusión”, etc... Les repito, y perdonen por la insistencia, que eso ocurre en un centro público no especializado en música. Existe una tradición de “música doméstica” que ha conformado una organización piramidal de solidísima base. No me dirán que no es una maravilla.

Ya sé que no hay que rebuscar demasiado para encontrar una buena colección de hechos deslumbrantes que sirvan para poner a caldo, si se terciara, nuestra música; aun así, no me puedo resistir a citarles un tercer ejemplo sacado de la escena de una película que me impactó mucho la primera vez que vi, hace ya una veintena de años. Este vago aunque vivo recuerdo que guardo entre las tinieblas de mi pésima memoria -no recuerdo exactamente si la película era *La vergüenza* de Bergman- está enmarcado en un frío ambiente de guerra, con personajes tristes en blanco y negro. En la escena, una pareja se encuentra en un transbordador con un amigo; después de intercambiar unas palabras quedan para merendar un día “y de paso para tocar música de cámara”. Todo transcurre de una manera natural, sin ningún engolamiento. Desde que salí del cine, jamás he podido quitarme esa escena de encima. Aquellos actores que hablaban de música con la misma espontaneidad con que fregarían cacharros, ¿eran producto de un enrevesado guión, en la línea habitual del enredo *bergmaniano* o, por el contrario, la escena obedecía a un hábito natural entre aquellas gentes del norte que cuentan con la música entre una de sus más cercanas aficiones? La duda no se me despejó hasta años después: la excepción somos nosotros, y no ellos; nosotros, quienes huimos de todo lo que no sea tumulto y follón; nosotros, los imposibilitados para escuchar. La escena de la película se emparenta directamente con lo que me contó años después mi amiga Sofía López Ibor: cuando en Salzburgo le invitaban los amigos a merendar a sus casas solían añadir: “tráete la flauta para tocar unos brandemburgos”.

Sé que muchos de ustedes pensarán que he caído irremisiblemente en ese viejo truco, tan de aquí, de ponernos verdes anteponiendo el colosal marco musical centroeuropeo al nuestro. Estoy de acuerdo en que estas comparaciones se han hecho tantas veces que ya tienen tufi-

llo vetusto, se han quedado como una referencia manida de poco fuste. Sin embargo, no me negarán ustedes que cualquier persona con dos dedos de frente que observe desde fuera la manera tan extraña que tenemos por estas tierras de relacionarnos con la música, o que sufra en sus carnes cualquiera de los millones de problemas educativos que padecemos retornará con muchas más fuerzas que antes a las viejas comparaciones. No nos engañemos, miles de años luz nos separan.

No quiero dirigir mi mirada a otros lugares donde la música pinta todavía menos que en nuestra sociedad hispana: tomo como modelos las sociedades que mantienen a la música en ese lugar primordial que querría para nosotros. “No se debe comparar”, “nuestra realidad es bien distinta”, “nosotros no tenemos nada que ver con ellos”, etc... Bien, estoy dispuesto a compartir estas contestaciones de papagayo: de acuerdo, desde el punto de vista musical nuestra realidad es muy distinta. **Es mucho peor.** Pero lo más grave no es eso, sino que la falta absoluta de un mínimo interés de gran parte de nuestra sociedad, no sólo impide que acortemos la distancia, sino que nuestra apatía agranda la diferencia a pasos agigantados; debe de ser que obedecemos a esa perversa ley muy conocida en el tercer mundo según la cual los pobres son cada vez más pobres y los ricos más ricos. Desde luego, el resto de nuestros colegas comunitarios tendrán otras particularidades peores que las nuestras, pero entre ellas no se encuentran precisamente las musicales; fuera de nuestras fronteras, preguntar a una persona si le gusta la música clásica es tan estúpido como hacerlo sobre sus vacaciones: *natürlich*; aquí la tirría hacia ella, como el valor en los soldados, se nos supone a la mayoría.

Les había prometido cuatro ejemplos y sólo les he puesto tres. Aquí les traigo finalmente este último caso, que se desarrolla en España.

Concha Vilches es desde hace cinco años profesora de música de secundaria en un instituto de Pinto, modesto pueblo de los alrededores de Madrid. En contra de todas las previsiones y con gran esfuerzo, ha conseguido convertir la clase de música en un lugar “de lo más enrollao” -según palabras de los propios chavales-, cuya culminación ha sido la formación de un coro escolar abierto a profesores y alumnos, fuera del horario lectivo, por supuesto. (Antes de seguir quiero apuntar el siguiente dato: Concha canta en grupo desde que, siendo niña, su padre formó el coro de la familia; una vez más comprobamos que el gen del apego a la música se hereda o, dicho de otra manera, la mayoría de profesionales y aficionados de hoy son hijos de profesionales y aficionados de ayer.) Al principio se apuntaron a cantar solamente una docena, casi todos mayores, pero poco a poco fue rondando la voz del buen ambiente que tenía el coro, y el proceder de los jóvenes fue cambiando.

Después del primer concierto vino el aluvión y con él las condiciones: para entrar en el coro cada chica tenía que llevar un mínimo de dos chicos. Al año siguiente ya eran tres doce-

nas. Hoy está a tope. Pero esta historia no acaba aquí, no ha hecho sino comenzar. La joven directora ya ha conseguido intercambios con una orquesta alemana, un coro francés y otro portugués, todos ellos de estudiantes de secundaria, claro. Por cierto, la primera parte del intercambio ya se ha producido: el otro día llegó la orquesta alemana, que dejó a todos atónitos, no sólo por su gran calidad como orquesta, sino porque en la mitad del concierto soltaron los instrumentos y se pusieron a cantar increíblemente bien unas cuantas piezas de la mejor polifonía del Renacimiento (increíble para nosotros, ¡tocan y cantan!). Ahora queda que los chicos de Pinto la pinten en Alemania con su repertorio “enrollao”, ¡nunca se han visto en otra igual! Pero, parémonos un momento a pensar en este caso. ¿Todo esto por qué ha ocurrido? Por la sencilla razón de que una profesora de música de instituto se deja la piel en transmitir entusiasmo hacia algo que ha hecho siempre: cantar; una sola persona es capaz de levantar semejante tinglado. ¡Aviso!, como le dejen hacer, la señorita Vilches es capaz de transformar la afición de todo el pueblo de Pinto en menos tiempo que suena una obra de Webern.

PROFESIÓN

La afición es una “afección” del ánimo que se transmite con el ejemplo. Solamente con la propagación de modelos como los anteriores pueden surgir sin traumas quienes vislumbren su futura **profesión**: ésta mana y se alimenta de aquélla. En realidad, afición y profesión son dos cosas distintas, aunque, ya digo, la segunda implica la primera, o sea, puede haber afición sin profesión, pero no al revés. La primera forma parte de la cultura de la persona, la segunda se alcanza con una especialización. Es curioso que en nuestro país se produce corrientemente el caso contrario: los que estudian música sin la más mínima afición, llevados por una tradición –o imposición– familiar, o por la comodidad de un centro vecino, luego, cuando les empieza a hacer mella el poco ambiente musical que les rodea, abandonan en un estado de evidente frustración. Menos mal que, en algunos casos, los tiempos vividos en compañía de la música se subliman felizmente en una definitiva afición.

A disposición del aficionado deben estar todos los centros de música del país, exceptuando los conservatorios, cuya finalidad es crear profesionales; para quien quiera dedicarse por completo a la música se encuentran los centros de enseñanza reglada y no reglada creados para este menester. ¡Y pensar que todavía hay miles de padres de alumnos y presidentes de APAS que, siguiendo la tradicional confusión *velocidad-tocino*, se movilizan para exigir más conservatorios! Sin duda lo hacen por ver recompensada su “inversión” en forma de rica papeleta aprobada. Si quieren lo mejor para sus hijos ¿por qué no les promueven la afición de ver-

dad en su casa y en la Escuela de Música que sea más de su gusto? Lo que necesitamos de una vez por todas es **menos y mejores** conservatorios, y cientos de escuelas de música difusoras de afición.

En estas aguas revueltas, nadan a sus anchas no pocos jovencitos protoprofesionales que, cuando comprueban que tocan un poco su instrumento, ya están haciendo “bolos” a diestro y siniestro cobrando como un profesional más: como sin gran esfuerzo pueden ganar un dinero fácil, no se meten ni locos a tocar como aficionados en un grupo de cámara por la mera ilusión de tocar: el color del dinero les impide ver bien la partitura.

Este es un problema que se quiere resolver al revés, pero, naturalmente, no se puede: nuestra necesidad agobiante es crear un estado general de afición, no de profesión, ya que ésta vendrá de su mano. Parece demostrado que la calidad y cantidad de afición de un país es el termómetro donde se mide su estamento profesional: “tal afición tienes, tal profesión produces”, parecen decir los medidores de la cultura internacional. Curiosamente, en España, la proporción entre ambas tiene un desnivel a favor de la profesión; ese desnivel produce deformaciones del tipo de conciertos con salas semivacías, espléndidos instrumentistas que no tienen dónde tocar... a veces la deformación adquiere dimensiones espeluznantes, como los “diez mil millones de pesetas anuales destinados al Teatro de la Ópera de Madrid”. ¿Se pueden imaginar lo que se podría hacer con esa cantidad en favor del fomento de la afición?

Antes de seguir les propongo un sencillo juego. Hay un típico “eurochiste” del célebre Caruso que dice así: “Los franceses están hechos para componer óperas, los italianos para cantarlas, los alemanes para tocarlas, los ingleses para escucharlas y los americanos para pagarlas”. El juego consiste en contestar estas dos preguntas: ¿por qué Caruso no incluyó a los españoles? ¿En qué lugar de los mencionados nos cuadraría estar?

EDUCACIÓN

La música es un arte comunicativo que puede llegar a tomarse como profesión, pero no debemos olvidar que su más importante capacidad es la de provocar placer; ahora, eso sí, ese placer sólo se alcanza cuando la sensibilidad está trabajada. ¿Cómo se trabaja?: por medio de **educación**. Pero no de una educación forzada, a una edad inadecuada y con un espeluznante temario -como se ha hecho en la famosa asignatura solitaria de primero de bachillerato-, sino desde el nacimiento (familia, centro escolar), progresivamente (escuela de música y centro superior) y abarcándola en toda su magnitud. No voy a insistir una vez más en la evidencia absoluta de que uno de los factores que más ha contribuido a la enrarecida situación musical

en la que nos encontramos ha sido la ineficacia notoria del minúsculo, elitista y acomplejante entramado educativo; es la mala educación musical la que ha producido esta sistemática falta de afición hacia cualquier música que no sea la que obligan los medios.

¿Hasta cuándo vamos a tener que soportar esas sonrojantes gradilocuencias carpetovetónicas del tipo de “tenemos el mejor conservatorio de Europa”, “España es el país más musical del mundo”, “no tenemos por qué envidiar a nadie”, “un catedrático ya no tiene nada que aprender”, etc. que esconden la imposible superación de un ancestral complejo? Dejémonos de suspicacias y soberbias de una vez por todas, tomemos el toro por los cuernos y *aprendamos de quienes saben más y lo hacen mejor*. Sabemos, por que ya no hay fronteras, que hay países europeos que han experimentado una considerable revolución musical consistente en la derivación de la educación hacia “Escuelas de Música” de responsabilidad municipal y provincial con programas educativos variados y originales. En tan sólo veinte años, los países nórdicos se han colocado en una indiscutible primera fila: orquestas, coros, producciones, festivales... y una vida musical que respira claridad por todos sus poros. ¿Qué estamos haciendo nosotros mientras tanto?: nos atrincheramos en exclusivas fórmulas académicas de educación reglada cuyo hereditario fracaso se despliega transparente ante nuestros ojos; metemos la cabeza de avestruz en un agujero para no ver el profundo cambio que las instituciones y, sobre todo, el profesorado necesita; ponemos la excusa más a mano para esconder una casposa fobia al trabajo, es decir, al reciclaje, a las nuevas fórmulas de enseñanza... Todo esto teniendo en cuenta que la evaluación de la profesión musical es hasta la fecha negativa: la rentabilidad de la inversión en educación musical no puede ser menor, y ahí están las estadísticas para demostrarlo.

AFICIÓN

El gusto por la música no admite medias tintas: o sí, o no; eso de “a mí me gusta”, sin tener ni un equipo de sonido, ni una colección de discos, ni una entrada para un recital y sin saber dónde se localizan las emisoras de clásica, me resultan palabras huecas. La persona con verdadera afición no tiene pérdida -no es muy difícil, forma parte de una minoría-, se distingue a la legua por su “toque” especial: acude a conciertos, oye música con regularidad, con la misma regularidad suele tocar, cantar, o por lo menos, tararear melodías y ritmos, está atenta a la calidad de todo lo que suena, sensibiliza a quienes están a su alrededor sobre el ruido y el silencio, su receptividad le concede el don de la conversación. Un aficionado no duda en hacer suya la frase de Nietzsche: “Sin música la vida sería un error”.

De todos modos, entre los pocos aficionados españoles, son todavía menos los que tocan un instrumento lo suficiente como para animar una velada o entretenerse haciendo sencilla música de cámara con sus amigos. El aficionado español es más de ir a espectáculos o de escuchar música en casita, no suele manifestar su afición interpretando música; en caso de hacerlo, canta. Hace muy poco me decía el musicólogo canario Lothar Siemens: “En España, la gente se apunta a cantar en un coro de aficionados aunque sea pagando; sin embargo, si es para tocar un instrumento clásico, aquí no se reúne nadie si no es cobrando”. Cierto, nuestros únicos amateurismos son el coral y el bandístico, parece como si tocar un instrumento en un grupo de cámara o en una orquesta fuera sólo para profesionales. No, tocar no debe presuponer ni dedicación exclusiva, ni profesionalidad. La música es un ser vivo que incumbe a todo el mundo, no sólo a los artistas: estos son, al fin y al cabo, los encargados de “otear”, en feliz expresión de Félix de Azúa, y mostrarnos lo que ven en el mundo de los sonidos.

Aunque escasísimos, también se dan entre nosotros aficionados que nos conmueven con su devoción sin límites hacia la música, aquéllos que, sabiéndose denostados por la envidia de muchos, y sin frustración ninguna –pues nada material pierden ni ganan con ello– saben compatibilizar su trabajo con su afición. Les mencionaré algunos casos de aficionados que conozco de cerca; serán el reflejo y homenaje de todos aquellos casos anónimos que ustedes conocen: el extraordinario pintor Manolo Alcorlo, que no se arredra a tocar el violín en la inauguración de sus exposiciones; el grabador Enrique Ortiz, que se toma tan en serio su trabajo de “oidor”, que es capaz de hablar con gran amenidad de música clásica horas y horas, mientras enseña sus últimas litografías; el ya desaparecido arquitecto García de Paredes, a quien le encantaba meditar sobre su tema favorito –música y arquitectura–, gracias a lo cual somos miles los que disfrutamos de sus desvelos; el periodista Carlos Santos, experto en correr del ordenador al piano para preparar las piezas de un concierto anunciado y nunca dado en su propia casa; todos los compañeros de las colas de los conciertos que pasan noches en blanco para conseguir unas modestas entradas; un grupo de puntillosos críticos discófilos, que se siguen reuniendo una vez a la semana para degustar las últimas versiones; y unos cuantos “amigos de la música contemporánea” que los sábados a la hora del café le sacan punta a los sonidos de nuestro tiempo. Todos confiesan que no cambiarían su profesión por la de músico, pero tampoco dejarían la música por ninguna otra cosa.

Voy a terminar este capítulo con un sencillo pasatiempo sobre la teoría de los círculos viciosos. Sí, nuestro movimiento musical, como ocurre en el Infierno de Dante, deriva viciosamente hacia la formación de series inacabables de círculos concéntricos. Les invito a jugar con estos cuatro:

1) Como no hay afición a los conciertos de música de cámara, se hacen pocos conciertos; al hacerse pocos conciertos no pueden subsistir los grupos de cámara; como no pueden

subsistir, se deshacen o no llegan a formarse; por lo tanto, no hay grupos musicales para organizar conciertos: sin conciertos se esfuma la afición.

2) Como los índices de audiencia dicen que los programas de música clásica son impopulares, escasean; como escasean, los telespectadores no tienen la oportunidad de conocer la música; si no la conocen, no les gusta; por lo tanto, no ven los escasos programas de música.

3) El político, especialista en rentabilizar electoralmente su inversión, quiere una orquesta deslumbrante. Una orquesta de este tipo exige un nivel europeo; dicha exigencia conduce a no admitir a la mayoría de instrumentistas españoles; éstos no ven un objetivo claro para su carrera; la falta de objetivos produce desmotivación; ésta provoca mal estudio; y, al final, los instrumentistas españoles no pueden acceder a las orquestas españolas por no dar el nivel europeo.

4) Como las empresas discográficas quieren vender, seleccionan lo que creen que el público compra; el público compra lo que ve en la publicidad, que no es otra cosa que lo que la empresa selecciona para él: por eso se venden siempre las mismas “cuatroestaciones” y los mismos “adagiokarajan”: ¿venden porque gustan, o gustan porque venden?

NORMALIZACIÓN

Hay que romper estos círculos viciosos, y la única manera que veo de hacerlo es con la creación de otro, igualmente vicioso, al que podríamos llamar “el círculo de **normalización**”, es decir, la generación de una verdadera afición entre la gente para que no sólo acuda a los conciertos, compre discos y lea libros de música, sino que además exija programaciones decentes en los medios de difusión audiovisual, y promueva y proteja el estudio de la música, cuyo resultado dará nuevos aficionados, y así sucesivamente. Una vez más lo digo: el eslabón de la cadena rotatoria, la cabeza de la pescadilla que se muerde la cola, es la creación de esa afición. Debemos hacer un esfuerzo por “normalizar” la música en nuestro país, que pase a formar parte de lo cotidiano, que no sea algo extraño o inalcanzable.

Stravinsky decía: “La gente ha aprendido a respetar demasiado la música; tendría que aprender a amarla”. En efecto, ese respeto miedoso que cunde hacia lo clásico -fruto de rancia incultura- hace mucho daño. Allanar caminos de acceso, desenmarañar madejas de conceptos, aclarar las aguas turbias... esa es la labor de quienes se dedican a educar y a difundir la cultura: desde la familia y los centros escolares, culturales y alternativos, hasta la maraña de medios de comunicación que nos rodean, puesto que todos crean nuestras inclinaciones y rechazos. Esta normalización debe partir desde todos los puntos posibles, sin dejar ningún cabo suelto: sólo si

se tiende una tupida red que una todos los puntos (organizaciones educativas y culturales públicas y privadas) conseguiremos apresar la esquivia afición.

El crítico musical Álvaro Guibert me cuenta su pena por saber de antemano que la idea del programa de televisión *Qué grande es el cine*, donde unos cuantos expertos hablan y discuten sobre una película que previamente se ha exhibido, no podría trasladarse a otro como *Qué grande es la música*, pues la jerga de invitados no sería comprendida por los televidentes. Yo, sin embargo, pienso que, si bien habría que hacerle muchas modificaciones, unos cuantos programas de comentarios musicales vendrían muy bien para este objetivo. ¿Por qué no buscamos “Arguiñanos” de la música que difundan la “cocina” de los sonidos?

Bien, ya que estamos en el resbaladizo terreno de los medios de comunicación, voy a mostrarles algunos de los casos más evidentes –siete concretamente– de desequilibrio entre la música clásica y su difusión.

1. La música es un artículo de consumo que, entre nosotros, presenta una anormal relación causa-efecto. Esta relación produce monstruos de considerable tamaño, el más notable en la **televisión**: ¿qué podemos esperar de una televisión pública que en un solo y fatídico año retiró de su programación cinco espacios musicales (clásica, jazz, flamenco, new age y ópera) para aumentar los de pop? Nada, absolutamente nada.

¿Recuerdan el bochorno de la retransmisión del último “Concierto de Año Nuevo” desde Viena? Les refrescaré la memoria: la conexión comenzó, sin previo aviso, a medio concierto con un vals partido por la mitad, el nivel del sonido del presentador y de la música subían y bajaban como por encantamiento, se oían voces y disparates de los técnicos... ¡Qué mimo para con su producto! No deja de ser curioso que con las transmisiones deportivas no pasen esas cosas. ¿Por qué? Por dos sencillas razones: porque las hacen a diario, y porque les gustan.

Cada vez que miro el horario de los conciertos de música clásica en la tele me acuerdo de la parodia que, ya en el año 1981, hicieron “Les Luthiers” –grandes aficionados– de una programación televisiva: “... vea *Cultura para todos* en su horario habitual de las tres de la mañana” ¿No me dirán que no vamos por ese camino?

Para completar este panorama televisivo, demos un toque a la trivialización y asesinato de la mejor música por parte de la publicidad: se anuncia la sección de música de unos grandes almacenes y lo hace al compás de las consabidas cuatro primeras notas de la *Quinta* de Beethoven, sale un músico tocando y se nota que no sabe ni coger el instrumento: ¿vamos a seguir así toda la vida?

2. Nuestra desconexión con la clásica es un magnífico caldo de cultivo para vergonzosas especulaciones y negocios redondos por parte de “**arrreglistas**” (Luis Cobos, Nana Moskouiri...) a quienes les viene pequeña la expresión que leí hace muy poco de la pluma de mi admi-

rado Rafael Sánchez Ferlosio refiriéndose a Walt Disney: “los nunca bastante execrados corruptores de menores, los más mortíferos cánceres cerebrales del siglo XX”. Por mucho que se les maldiga, da lo mismo: son capaces de flotar como el corcho; es tal la coraza de billetes que les protege que no se queman ya con nada. ¡Y pensar que todo ese dinero se lo damos nosotros comprándoles discos! Resignación, es el signo de los tiempos: nosotros mismos nos cavamos la tumba.

3. Por otro lado, la música clásica suele producir entre los presentadores desconcierto, tartamudeo y *voz de ultratumba*. Cuando un locutor cualquiera presenta un disco en programas de **radio** siempre lo hace con un énfasis especial, producto de su ignorancia. Me vienen a vuelapluma un par de ejemplos: los locutores de Sinforadio están batiendo todos los récords en pronunciar mal los nombres habituales de la clásica –a pesar del alto nivel de esta competición. Algunos tan graciosos como “la orquesta del *güevanjaus*” o “el director ruso *terminacop*” nos llevan de la risa al llanto; la única razón que explica esta incompetencia es que no les interesa en absoluto lo que se llevan entre manos, ni a ellos ni a sus jefes, no entra a formar parte de sus aficiones. Ahora, eso sí, no se cortan en absoluto poniendo ejemplos musicales para hablar de deporte: “los ciclistas han seguido la partitura que escribía Indurain”, “el equipo iba al ritmo que marcaba la batuta del maestro Romario”; dan la impresión de haber mamado la música desde la cuna.

La ignorancia sobre música clásica se extiende a todas las capas sociales. Conozco a algún director de la emisora de clásica más antigua que tenemos, Radio Clásica, que nada más enterarse de su cargo se sometió a jornadas intensivas de oír –no sé si de escuchar– discos de música sinfónica y a meterse en vena unos cuantos libros de iniciación a la música para ponerse al día y no hacer el ridículo. Lamentablemente, se nota demasiado el plumero y el atufante comportamiento patoso de “nuevo rico”.

4. Ya no digamos cuando el carente de la más mínima afición se ve impulsado a comentar algo de música: álgebra, chino, jeroglífico. Cuando a un **periodista** le toca entrevistar a cualquier músico que no provenga del pop comete toda una antología del disparate, son escasísimos los que ponen un nombre con todas sus letras, los que no dicen “el mejor violinista del mundo” y cosas así. En una reciente entrevista que le hicieron a la escritora Carmen Santonja con motivo del estreno de un cuento suyo con música de Stravinsky, el periodista tuvo la brillante idea de preguntarle: “¿Usted ya conocía la música de *El pájaro de fuego*?”, a lo que Carmen contestó: “Claro, desde siempre, ¿por qué no?”. El intrépido reportero, confundido, le repitió la pregunta, pues no entendía esa respuesta tan contundente, se quedaba perplejo al comprobar que Carmen daba por sentada su afición a la música. Ese fue el máximo mérito que supo verle a la artista: que conociera una obra cuyo título acababa de leer por primera vez en su vida.

5. Hay que reconocer que los **intelectuales** tampoco colaboran demasiado a mejorar el nivel. Podría contar con los dedos de mis manos los escritores conocidos que dejan gotear en libros y artículos detalles que les delatan como aficionados a la música: Molina Foix, Muñoz Molina, Trías, la familia Marías y pocos más. ¿Será que también entre las grandes cabezas escasea la afición? Yo creo que sí. Lo normal es que traten todos los temas imaginables (cine, literatura, teatro, ética, estética, gastronomía...) sin nunca “pringar” su pluma reflexionando sobre música.

Los **políticos** no se quedan atrás: el simple hecho de que uno diga que le gusta un compositor romántico o que salga otro tocando el piano en una foto es tan insólito que se convierte en noticia de primera plana. “¡Noticia! ¡Noticia! ¡A Ruiz-Gallardón le gusta la música!”. Lo que debiera ser normal se vive como extraordinario. Reconozco que me saca de quicio, sobre todo sabiendo que uno de los puntos de donde tiene que brotar la normalización es de allí, del mundo del pensamiento y de la política.

Les pondré otro ejemplo que conozco de cerca: estoy todavía por ver que llegue a un conservatorio un **bibliotecario/a** de carrera -del Cuerpo de Bibliotecarios- con un mínimo de afición a la música; por supuesto que ya no hablo de que alguna vez en su vida haya tenido entre sus manos una partitura, eso sería soñar. ¿Por qué tiene que saber un bibliotecario de música?, sería la pregunta inmediata; si bien, la más certera sería: ¿por qué trabaja en un centro musical alguien que no conoce su lenguaje? Las contestaciones, en el limbo.

6. Hace unos años se estrenó en la temporada de ópera de Madrid una de las obras más complejas y duras de oír de todo el arte de nuestro siglo: la ópera *Lulú* de Alban Berg. Frente a los aficionados, que mostraban caras de desasosiego ante aquel lenguaje críptico, de dificultad extrema para el oído -incluso para los fanáticos de Berg, entre los que me encuentro-, unos cuantos “**modernos**” recién aterrizados a aquel espectáculo de moda, falsos aficionados expertos en dárseles de conocedores de todo lo etiquetado con vitola de calidad, salían sonrientes de la representación; según sus propias palabras, “era un espectáculo muy bonito...” ¡Enhorabuena! Aunque, con todos mis respetos, creo que no escucharon ni una nota, sino que “vieron” el espléndido montaje de la ópera: sin orquesta y sin cantantes les hubiera gustado igual. Este fenómeno de impostura se suele prodigar más en la ópera que en ningún otro tipo de espectáculo, pues su vistosa parafernalia amortigua la atención del oído.

Exceptuando casos especiales, que siempre los hay, todos sabemos que ciertas músicas necesitan oyentes con trienios para ser asimiladas con una cierta ductilidad. Jorge G. Giner, oyente responsable, estuvo previamente meses preparándose para la famosa representación que les comento como quien se dispone a una prueba: la fue escuchando poco a poco, observando su lenguaje, su forma de expresión, su texto... al final tuvo como premio tres horas del

mejor arte del siglo XX. Sí, la afición se trabaja, necesita de un esfuerzo previo para luego recibir mucho más.

7. Estamos rodeados de **salas** y salones de actos -pertenecientes a cajas de ahorros, compañías de seguros, fundaciones y centros de cultura- muy “bonitos” y funcionales para cualquier actividad, salvo para las musicales. Si exceptuamos ciertos logros en la red de auditorios, cuando un arquitecto o decorador proyecta una sala comúnmente no piensa en su sonoridad. La rebozan de moquetas, la amueblan con butacas ruidosas y la acondicionan con un bonito fondo sonoro de aires, calefacciones y tráfico. Una vez más debemos admitir que la mayoría de los arquitectos e interioristas españoles tampoco se distinguen por demostrarnos en sus obras su buen oído no ya musical, sino “sensible” al ruido. Si pasamos de las salas a los bares y cafeterías, nos asomamos al mismísimo infierno: música a tope mezclada con la tele, griterío, cacharrería, molinillos de café... todos alegres y unidos -arquitecto, decoradores, camareros y público- para triturar sin contemplación nuestros oídos; prefiero no hablar de ello porque se me eriza el pelo.

PREMIOS Y CONDENAS

En nuestro querido país, como bien sabemos, nunca acabamos de caer al abismo del caos total gracias a que en todos los niveles de la sociedad existen experiencias aisladas de gentes que, a través de su trabajo, se dejan la vida y mantienen en pie el edificio de su dignidad. He pensado añadir al artículo este epílogo complementario donde reunir las iniciativas que conozco y que, desde mi punto de vista, representan las direcciones ideales hacia las que debiera tender nuestro mejorable estado musical. Creo que estos casos ejemplares, provenientes casi todos del mundo educativo, unidos a los que ustedes conocen, serían dignos de elevarse a la categoría de unos utópicos “premios de afición musical”. Añadan a los nombres que les propongo los que ustedes quieran y obtendrán una lista fiable de “personas justas” en Sodoma.

- En el apartado de maestros especialistas en música señalo estos dos casos extraordinarios: el colectivo “Clave 7” en Tenerife (Mensi Gutiérrez, M^a Carmen Montesdeoca, Miguel Ángel Rocha...) y otro en el pueblo de Coslada (Teresa Aguado, Rafael Rivas, Alfonso Cifuentes...). Preparación didáctica, amplios conocimientos musicales, organización de mesas de trabajo, interdisciplinariedad... con ellos la enseñanza primaria asegura un encuentro imperecedero de los niños con las artes.

- Dentro de la enseñanza secundaria, además de los casos anteriormente mencionados y la actividad musical superlativa de todos los centros escolares centroeuropeos en nuestro país,

es reseñable el magnífico trabajo que hace un grupo de profesores de secundaria de Zaragoza (Ricardo Huerga, Pachis y Cristina Redrado), que se reúnen varias veces por semana para preparar los materiales de clase y montar conciertos didácticos para otros centros varias veces al año. Ellos son herederos de aquellos aguerridos profesores de música de bachillerato que, aplicando el principio elemental de “la música es para hacerla”, se saltaron desde un principio el inadecuado programa oficial convirtiendo sus clases en espacios donde “vivir” la música.

- El antiguo Conservatorio de la isla canaria de La Palma ya es afortunadamente una “Escuela Insular de Música” con un proyecto educativo encomiable. Para ello, sus responsables Gonzalo Cabrera, Leopoldo Santos, César Cabrera y otros profesores, han trabajado enormemente. Ahora es un centro donde se crea afición y, esperemos que con el tiempo, profesión. ¿Cuándo tardarán otros en hacer algo parecido? Para mayor información se les puede llamar al teléfono 922-415797.

- En cuanto a la percusión, ahí está el trabajo de César Peris en el Conservatorio Superior de La Coruña, atendiendo todo el día a pequeños, medianos y grandes, sean alumnos de percusión o no (aunque sigo sin saber qué hacen esos niños en un centro superior). Otro lugar, en este caso privado, es el “Centro de Estudios Neopercusión”, iniciativa del inagotable Juanjo Guillén, que acoge a todos los percusionistas rebotados, que son muchos, de los conservatorios de España entera.

- El “Centro de Estudios Musicales y Artes Escénicas Juan Antxieta”, en Bilbao, es otra iniciativa privada que cuenta con unas magníficas instalaciones y mil quinientos alumnos que pueden elegir entre un amplio abanico de posibilidades (música, teatro y danza). En este mismo sentido, es reseñable la escuela “Mayeuis” en Vigo.

- Como iniciativas oficiales estoy impresionado con estos casos: los “Programas Educativos del Ayuntamiento de La Coruña” que, en su apartado musical, a cargo de José Antonio Abad, hacen llegar la música a todos los niños y jóvenes de la ciudad y sus alrededores, sin dejarse ni uno; el “Festival Internacional de Orquestas de Jóvenes de Murcia” que, en sus quince ediciones por ahora, revoluciona por completo toda la comunidad murciana durante unos días al año; y me van a permitir que incluya a la “Fundación Orquesta Filarmónica de Gran Canaria”, cuyos “Conciertos Escolares”, a los que estoy vinculado, están suponiendo una auténtica revolución en su género.

- Por último, cuatro imaginativas propuestas de formaciones musicales alternativas: la “Orquesta de Chamartín”, con su sede social en el mercado del barrio; la “Turiae Camerata”, una magnífica organización de orquesta y coro valencianos que se bate el cobre por levantar la cabeza; “L’escallerinc”, agrupaciones corales infantiles barcelonesas de las edades más tempranas; y el “Grupo de Cámara de la Universidad Carlos III de Madrid”, formado en un setenta por

ciento por sus alumnos universitarios y el resto por estudiantes de otras universidades.

A esta lista añadan ustedes la suya y sumen: por mucha manga ancha que tengamos no creo que lleguemos al diez por ciento del total de la actividad musical: ¿es o no es lógico tener un cierto pesimismo? Creo que sí, sobre todo porque, ¡atención!, para impedir la propagación de estos casos están las fuerzas negativas formadas por todos aquellos que pugnan por poner trabas a la implantación de la afición. Estas son nuestras condenas:

- Por su absentismo total hacia las mejores músicas y su promoción sistemática y exclusiva del pop-rock, se condena a cadena perpetua a todas las televisiones públicas y privadas, junto a las emisoras de radio y los suplementos culturales de los periódicos, exceptuando un par de casos evidentes que no necesitan mencionarse.

- También se condena a la pena máxima a todas las orquestas sinfónicas, auditores, teatros de ópera y festivales que no incluyen programas educativos en su seno, ni promueven campañas de conciertos escolares o ponen dificultades de acceso a las salas de conciertos a niños, jóvenes y tercera edad.

- Hacemos notar nuestro total desacuerdo con todos los conservatorios elementales -y muchos de los profesionales- que todavía no se han reconvertido en escuelas municipales de música. Cada año que pasa se convierte en un siglo de retraso.

- Impugnación total a los padres cuyo único interés por la música es la esmerada colección de asignaturas aprobadas por sus hijos, sin deparar en el desarrollo su gusto y de sus capacidades sensibles y creativas.

- Ineludible condena a las casas discográficas que hacen muy poco por difundir producciones musicales educativas por sus canales de gran distribución. Condena especial a aquéllas que ni se enteran de las ediciones escolares que hace su propio sello en el extranjero.

No sé si después de todo esto habré justificado mi pesimismo particular ante el ambiente musical actual que nos consume; lo que no necesito justificar es mi irreductible optimismo ante la agitación musical a la que, querámoslo o no, estamos destinados. Unos días, unas décadas, unos siglos... no lo sé. Pero, a poco que se trabaje por anular las corrompidas mentes que, agarradas a clavos ardientes, se quieren mantener imperturbables en sus sillones, se acabará imponiendo el estado de buena salud musical que nos merecemos. Ese día en que entre todos consigamos multiplicar el número de "premios" del tal manera que acabemos ahogando a los "condenados", será por fin **normal**: la afición estrangulará a la desidia. Pero esa esperada hecatombe nunca llegará si no arrimamos todos nuestro hombro. Si así lo hacemos, cuando se presente ese momento saldremos a la calle con grandes pancartas a festejar la llegada del "Día del Aficionado". ■